

## DISCURSO DE RESPUESTA DE DON LUIS JAIME CISNEROS

Acabamos de asistir a una extraordinaria proeza. Para asegurar la información científica que un laboratorio espacial venía enviando a la Tierra, se ha restablecido en el espacio la comunicación interrumpida. Minuto a minuto pudimos seguir desde tierra la operación, y a varias leguas se tradujo simultáneamente los resultados de esta audacia. Separados por millones de kilómetros de los cosmonautas, pudimos comprender la escueta información que ofrecían. Hazaña grande de la comunicación.

El primer drama de la peruanidad fue el de la incomunicación. Toda la información estuvo en la primera hora del lado de los conquistadores. *Illorum lingua resonat quasi tympano tubae*. Así consta en el *Poema de Almería* la impresión que dejaba en los campos de batalla la lengua de Castilla. Sabe Dios qué impresión habrá dejado en lo más hondo del pueblo quechua. Los gestos pudieron, tal vez, ser más elocuentes (o más incisivos) que la cadena sonora. No sabemos en realidad si fue por causa de una desinteligencia idiomática que el Inca rechazó el libro santo que le extendió Valverde. Acaso estamos pagando todavía —y con exceso— la culpa de ese error de interpretación. ¿Pero acaso ahora nos comunicamos entre nosotros mismos los peruanos? ¿No

es por ventura verdad que muchos compatriotas volverían hoy, como el Inca ayer, a arrojar el libro por no conocer la lengua del mensajero?

Y es que —como acaba de decirlo José Luis Rivarola— en el principio de nuestra historia fue la incomunicación, no la palabra. El indio no pidió compartir dioses ni penas con el recién llegado y se refugió en las cumbres con un nudo en la garganta, imposibilitado de comprender lo que a todas luces era lingüísticamente para él intraducible. No hubo —pues— en la hora inicial un doble código comunicativo que facilitara las cosas entre los que venían a señorear la tierra y quienes tuvieron que quemar sus ídolos ante el contundente razonar de la metralla. No hemos podido restablecer hasta hoy la comunicación; y a pesar de que está establecido en la ley que la lengua debe unificarnos, nosotros (que de algún modo prolongamos el estupor de los vencidos) la manejamos como si fuésemos los recién llegados de ayer, y cuando ni siquiera la evangelización nos sirve de pretexto pues el *Taita Cristo* está también ahora tras esos hombres de bronce que desde el Ande baten, pesarosos, su bandera.

País enigmático el Perú. No alcanzan a ofrecer los libros información clara sobre nuestra propia índole, y por eso a veces nos visitan la perplejidad y la tristeza. País de geografía alucinada, de valles atrayentes, ríos caudalosos e incansables distancias. Por todo ello transitaron cronistas y viajeros. No alcanzan los jóvenes a meditar sobre el reto que esto implica para quienes compartimos el destino de la nación. Quizás el valle más hondo, la más profunda distancia estén prefigurados en la lengua. Lo advierte cada cual desde su propia ladera. La trascendencia político-social de este hecho no siempre es apreciada con el debido rigor, y por eso se hace fácil presa para inescrupulosos manejos. El desacierto suele ser una frecuente consecuencia. El primer desacierto lo frecuenta la escuela. Creemos ser

un país monolingüe, y un cierto rubor nos alcanza cuando debemos acceder a la lengua indígena. Pero es la verdad: no somos un país monolingüe. No serlo, comporta una situación sociocultural muy peculiar. Porque la integración no halla así caminos que la hagan propicia. La integración viene ciertamente asegurada por ríos y caminos; pero no son todos franqueables en el Perú. La distancia y la soledad son presencias constantes de nuestro viejo mapa colonial. Y lo grave es que la lengua no resulta siempre ser el puente que contribuya a superar los obstáculos. ¡Para qué voy a decir que las consecuencias tienen el nombre del subdesarrollo, la pobreza y el analfabetismo! Más de medio Perú habla una lengua europea, que goza además de la ventaja de la escritura y comparte el contagioso prestigio de la radio y la televisión. La otra mitad de personas maneja con cierta desazón la lengua indígena, como si estuviesen asistidos por la certeza de que no es el instrumento ideal de la integración.

Somos un país plurilingüe, y de eso debe tomar conciencia la juventud que aspira a realizarse en lo porvenir. Ser plurilingüe no es demérito de ninguna comunidad política; lo grave es renegar de las esencias y vivir una triste y torpe metáfora que no puede ocultar la verdad de los términos reales. Nadie entre nosotros tuvo más clara conciencia de esta condición idiomática como José María Arguedas, según acaba lúcidamente de mostrarlo en hermoso libro Alberto Escobar. Símbolo fue Arguedas del carácter plurilingüe del Perú; supo ver en esa pluralidad lingüística, antes que un combate desigual entre el español y el quechua, “una coyuntura que en términos personales se le había mostrado en tanto posibilidad fecunda” (ESCOBAR, *Arguedas o la utopía del lenguaje*, 1984, 70), y advirtió con expresiva claridad que al ‘hombre auténtico de la tierra’ la lengua española

“no le sirve bien para decir en forma plena y profunda su alma o el paisaje del mundo donde creció”

pero que al mismo tiempo sabe que el vernáculo que podría darle la satisfacción “es idioma sin prestancia” y carece de validez universal. Y como el asunto es vivir con quienes se comparte la tierra (que es de ayer y de siempre) el hombre está otra vez incomunicado. Como en el principio de esta historia que hoy ha venido a remover entre nosotros la serena reflexión de José Luis Rivarola, al obligarnos a plantear el problema de la comunicación inicial, puesto por vez primera en el nivel sociolingüístico adecuado y de cara al incipiente bilingüismo. Habrá que reconstruir si fueron los datos correspondientes a la primera articulación (nivel de léxico y sintaxis) lo que asombró más a los españoles, o si los sonidos españoles fueron bastante extraños para los naturales de la tierra. Lengua de prosodia distinta, con acento flexible en la organización melódica, no hay duda de que el contraste tenía que hacerse evidente. Pero es verdad que caballos y mosquetes asignaban al contexto singular prestancia, y no sabemos si eso sólo anunciaba mero asombro o inicial terror. No pudiendo funcionar la lengua como Dios manda (y los lingüistas describen), claro está que los medios de persuasión no pudieron servirse de pulcras semicadencias y eficaces epítetos. Rivarola ha abierto varios caminos a la investigación.

\* \* \*

Por segunda vez me toca el privilegio de acompañar hasta las puertas de la Academia a un antiguo discípulo de la Universidad. Lo digo sólo para advertir que buena parte de la vida y la labor universitarias de José Luis Rivarola se confunden con mi propio horizonte y me exigen ser objetivo y minucioso. Puedo dar fe, por tanto, de su tesón

para el trabajo académico, poner de relieve su no desmentido amor por el quehacer filológico, su lealtad y su probidad científica, su explicable apertura al mundo del amor (felizmente compartido con la presencia de una mujer talentosa en un hogar iluminado por los hijos). No voy a evocar su paso por las aulas universitarias de Lima y Buenos Aires, ni su presencia en seminarios extranjeros; ni voy a reseñar la valiosa ayuda que me prestó en la cátedra, ni su larga y definitiva labor desarrollada en Alemania, ni la callada pero provechosa tarea que realiza desde su cátedra de la Universidad Católica. En plano muy objetivo voy sólo a esbozar algunos aspectos salientes de su obra. La bibliografía de José Luis Rivarola da claro indicio de sus intereses, y quien la recorre alcanza un fiel testimonio de su evolución y su coherencia. La actitud serena se delata desde la hora inicial de sus estudios sobre la prosa de Eguren, que culmina con su primera tesis universitaria, hecha entre los apremios de la edad y la ilusión de la vocación consentida pero asumida con la probidad de quien está destinado a obras mayores. Un curso de Literatura española medieval con María Rosa Lida, en Buenos Aires, parece haber sido estímulo para su posterior interés por algunos aspectos del *Libro de Buen Amor* en artículos que anuncian ya su curiosidad firme por el mundo textual.

Los trabajos en colaboración con Kurt Baldinger anuncian la dirección que ha de marcar otros estudios: en el que dedica a estudiar algunos rasgos de la lingüística tradicional y la fonología diacrónica se advierten los buenos principios de la recia filología germánica; sin fonética y fonología no habrá ciencia firme del lenguaje, y sin una atención al mundo onomasiológico no habrá modo de avanzar. Con esos principios se relaciona el estudio que sobre el destino de *tonto* en América española escribe en colaboración con Kurt Baldinger para el homenaje a Rosenblat. Ya está trazado el horizonte. Su atención a la fonología diacrónica se do-

cumenta otra vez en el estudio suscitado por la tesis de Naro sobre el pasaje de 'f' hacia 'h', tema que ha convocado a ilustres romanistas, y no deja de nutrir las reflexiones con que discute la validez del antecedente americano para la voz *baquiano* frente a las tesis que alegan un étimo árabe.

Con la sintaxis histórica —terreno siempre tentador para un romanista— tiene contraídos graves compromisos José Luis Rivarola desde su tesis doctoral de 1976, acogida en las prensas de los afamados anexos de la *ZRPh*. Su estudio sobre las conjunciones concesivas en español medieval y clásico remeza efectivamente los estudios de sintaxis diacrónica. En este libro Rivarola rastrea el origen y la evolución de las concesivas desde las primeras manifestaciones escritas del español. El tema había permanecido durante cuarenta años intocado. Rivarola asume el reto y estudia con pormenor y celo pertinentes ejemplos que lo llevan a deslindar tres claras etapas: una primera, que va de los documentos iniciales hasta fines del XIII, una segunda que cubre los siglos XIV y XV, y una tercera que coge el siglo XVI y llega a fines del XVII. No sólo nos ofrece un 'estado de la cuestión', que ya habría sido provechoso. Insiste con felicidad en una clara distinción entre concesivas y adversativas, y zanja la cuestión destacando el carácter presupposicional de las primeras. La crítica ha recogido con vivo interés esta plausible tesis. Este trabajo, de otro lado, abre nuevas perspectivas a la investigación sobre parataxis e hipotaxis, y, el mismo Rivarola en algunos de sus últimos trabajos ha puesto manos a esa tarea. Una segunda contribución debe resaltarse en aquella obra de 1976, aún no valorada suficientemente: son sus observaciones sobre el modo verbal de la subordinada, tema de vieja predilección para mis afanes docentes.

He dejado para el final mencionar una labor aparentemente de equipo, que Rivarola realiza con singular destreza y evidente eficacia. No es fácil entre nosotros tomar el

pulso a la tarea de organizar y dirigir una revista especializada en asuntos de filología y lingüística. Rivarola concibió fundar *Lexis*, órgano de la respectiva sección en el Departamento de Humanidades de la Universidad Católica; y supo abrirla, desde la hora inicial, para que fuese realmente una revista de integración en el saber filológico, dedicada a la hispanística y a la lingüística andina. En siete años de puntual existencia, *Lexis* es hoy un testimonio de lo que puede obtenerse en el medio universitario cuando existe firme voluntad de trabajar con seriedad y con recta ciencia, en medio de dificultades pero con clara certidumbre de las esencias.

Todas estas son, pues, buenas razones a que se ha acogido la Academia Peruana de la Lengua para solicitar a José Luis Rivarola que la apoye con su entusiasmo, la asista con su consejo y su saber, armas éstas que la institución necesita para robustecer el incansable trabajo de promover el interés por la lengua en el Perú. La Academia abre sus puertas a un navegante experto y celebra que desde el pór-tico nos haya dado esta clara prueba de su vocación científica. No ignora la Academia cuántas tareas nos convocan, ni qué difícil es imaginarlas con los nulos presupuestos de que dispone. No hemos actualizado aún el Diccionario de Peruanismos, ni hemos adelantado materiales para un mapa lingüístico del Perú, ni hemos podido asumir el gran riesgo de convertirnos en obligado orden de consulta para la colectividad en asuntos relacionados con el idioma. De las canteras de los obreros tenaces ha de venir la ayuda, y la viene recibiendo la institución de los miembros que han venido incorporándose en los últimos tiempos. Por ese camino firme se viene José Luis Rivarola. Y por eso le digo aquí nuestra palabra de bienvenida y de aliento.